

PELOTA DE IGUAZÚ



イグアス
1999



Pelota de Iguazú

Tokio estaba bañada de cerezos en flor. Giordano pensó que a cierta edad uno ya no esperaba encontrarse con nada por primera vez. Se equivocaba.

El restaurante apareció en una calle tranquila: era pequeño, de madera oscura, tan perfectamente japonés que no parecía real.

—¿Comemos acá? —preguntó.

Los niños casi gritaron que sí.

Adentro vieron personas ocupando cada lugar disponible. Por un momento,

el italiano pensó que no encontrarían mesa. Entonces apareció el mozo con una sonrisa.

Los llevó a otra sala, pasaron frente a una pecera gigante y finalmente los sentó frente a lo que parecía un muro de celebridades.

El mozo tomó nota de los pedidos y esperaron un rato. Los niños comenzaron a explorar el lugar. En las fotos estaban las personas que habían comido allí; Giordano imaginó actores, músicos y atletas.

Mientras caminaba frente a la pared, su esposa fue a ver que los niños no se metieran en problemas.

Entonces lo vio.

Hacia el final de la pared había un pedestal con un cubo de vidrio. En su interior había una pelota de fútbol, todavía sucia de barro. Debajo descansaban una camiseta de tiras

celestes y blancas y una fotografía. Giordano se agachó un poco: en la parte de atrás de la camiseta podía leerse la etiqueta *Made in Vietnam*. Junto a la pelota, la foto mostraba a unas treinta personas sonriendo. En ella había una inscripción en japonés y el número 1999.

La esposa lo llamó. La comida estaba servida.

Comieron y conversaron por un rato. Este viaje a Japón era el sueño de Juliana desde que era una niña. Giordano sentía que la felicidad de ella era también la suya.

Al terminar, los niños querían ver de nuevo los peces. La mujer los llevó.

Giordano quiso ver de nuevo aquella pared.

Alguien se había tomado el trabajo de ponerles lindos marcos a todas las fotos. Pero lo único que tenía un

pequeño reflector era la pelota,
apoyada sobre la camiseta hecha en
Vietnam.

En eso estaba cuando llegó el mozo
con su sonrisa.

—Disculpe, ¿qué dice ahí?

—Tiene escrito “Iguazú, 1999”.

El italiano lo miró sin entender.

—Es de cuando mi padre Saku jugó en
la selección argentina —respondió el
hombre.

El italiano soltó una risa.

—Ningún japonés jugó para la
selección argentina —respondió con
total seguridad.

El mozo se acercó un paso más y se
inclinó levemente sobre la caja de
cristal.

—Oh, sí. Mi papá jugó en la selección
argentina. Y al lado de Maradona.

El italiano sonrió y cruzó los brazos.

—Querido señor, yo soy de Nápoles.
Sé con quién jugó Diego Armando Maradona.

El japonés se irguió un poco, amplió aún más su sonrisa y se preparó a hablar. Parecía haber estado esperando ese momento.

—Fue en diciembre de 1999, en Iguazú. Es un centro turístico entre Argentina y Brasil.

—Sí, sí. Estuvimos ahí —interrumpió Giordano, ya con menos seguridad.

El japonés miró hacia el suelo, como buscando el recuerdo con precisión.

—Era una tarde de mucho calor. Con mucha gente. Allí tenían un lugar con dos arcos de tamaño profesional. Alguien arrojó una pelota al suelo e invitó a otro a patear un poco.

Al decir esas palabras, señaló la pelota.

—Como era de esperar en ese lugar, se agregaron rápidamente más personas: hombres, algunas mujeres, unos niños. Se dieron cuenta de que algunos hablaban español y otros portugués. Uno lo dijo en voz alta: “Acá los argentinos, allá los brasileños... si se atreven”.

Las aguas se dividieron. Uno, con camiseta azul, del lado brasileño, comenzó a ordenar el equipo. Del lado argentino, otro dijo: “Yo juego de tres”. Uno de camisa blanca pidió ir al arco.

Ya no eran turistas.

En un momento, un brasileño pasó a uno, después a otro, y a otro. Gol.

El que había quedado de tres gritó:

—A ese lo marco yo.

Desde ese momento, el brasileño hábil no volvió a recibir la pelota limpia ni a

meter buenos pases. Del lado argentino mejoraron y marcaron su primer gol.

Luego de un rato se escuchó del lado argentino:

—¡Penal!

—No fue nada —dijo un brasileño.

Los argentinos rodearon al hombre.

—Fue penal.

Uno de ellos tomó la pelota contra el pecho y empezó a medir los doce pasos.

El pelotazo fue brutal y centrado. Gol.

Del lado de Brasil se escucharon algunos murmullos. No estaban de acuerdo con el fallo.

—Necesitamos un árbitro —dijo uno, dándose vuelta hacia la gente que ya estaba mirando—. ¿Alguien que no sea argentino o brasileño?

—Yo soy peruano —dijo un hombre de camisa floreada.

Inmediatamente los brasileños se negaron.

—Peruano no. Va a tirar para ellos.

—¡Francia! Soy francés —gritó un hombre bajito desde un costado.

El partido se reanudó, ya con un árbitro y once jugadores de cada lado.

Ya había pasado mucho más de los noventa minutos reglamentarios. Iban veinte a quince, con el lado brasileño ganando.

El sol se estaba poniendo con rapidez cuando se dieron cuenta de que sin luz no se podía jugar.

De pronto, los reflectores del parque se encendieron. Solo se usaban para eventos especiales. Parecía que las autoridades del lugar no querían que el partido terminara.

Ya se había perdido la cuenta de cuántos cambios había hecho cada lado. El hombre que había empezado el partido y dueño de la pelota, detuvo el juego.

—Mi esposa quiere que nos vayamos, tenemos el vuelo en unas horas.

Luego miró a los argentinos y les gritó:

—¡Ganen!

Y les dejó la pelota.

El japonés volvió a tocar la caja de cristal, con la pelota dentro.

Cuando había caído la noche, todos los jugadores eran distintos. Pero seguía siendo Argentina contra Brasil. Y entre ellos, ya se sabe, no hay amistosos.

En un momento, una mujer dijo que un profesional estaba en las cataratas, pero del lado brasileño. Le habían avisado y quería participar.

Pero el profesional no era cualquier jugador.

Cuando Romario entró a la cancha, hasta los argentinos lo aplaudieron. La atmósfera amistosa duró unos treinta segundos.

Otra vez las patadas, los empujones y las palabras que usted se imagina.

Romario mostró por qué había sido uno de los mejores del mundo pocos años antes. Los brasileños empezaron a meter goles y goles.

Estuvo en la cancha casi dos horas. Salió a un hotel a comer y a bañarse. Cuando volvió, cerca de la una de la mañana, apareció otro rumor: algún famoso argentino estaba en la ciudad.

Desde lejos se vio a Romario saludando a alguien. Era un argentino. Entraron juntos.

Ariel Ortega y Romario fueron nombrados capitanes.

Para entonces, el árbitro era un paraguayo.

Por momentos, las jugadas parecían de primera división. En otros tramos, algunos le pifiaban a la pelota.

Romario y Ortega ya llevaban más de una hora jugando cuando llegó el primer furgón de la televisión. Era un canal local que empezó a transmitir el partido, mientras una periodista entrevistaba al público.

Fue ahí cuando explicaron cómo seguía vivo aquel episodio: se turnaban constantemente entre espectadores y jugadores.

Entonces, cuando la mujer se quiso acercar a Ortega para tener alguna palabra, el hombre, con el aliento cortado, le preguntó:

—¿Sos argentina?

La mujer asintió.

El jugador se quitó una tira negra del brazo, que hacía de cinta de capitán y se la puso a la mujer.

—Ahora entrás vos. —dijo y se recostó sobre el pasto. La mujer dudó unos segundos. Dio un profundo respiro y entró.

Unos minutos después, Romario se acostó al lado de Ortega.

El argentino se quedó dormido.

Al despertar, el sol todavía no había salido. El partido seguía.

—Fueron a Foz a buscar más jugadores —le dijo Romario, que también se negaba a irse.

Una mujer, que estuvo todo el tiempo al lado del profesional argentino, le dijo:

—En Buenos Aires transmitieron la noticia. Dicen que vienen de Canal Trece.

Ya era de madrugada cuando llegaron las cámaras profesionales, el furgón con la antena satelital y micrófonos grandes.

Romario y Ortega pidieron entrar otra vez.

“El superclásico mundial se está jugando acá, en Iguazú”. Decía un eufórico periodista mientras transmitía el partido.

“El argentino de azul dio un pase largo... lo tomó el chico de camiseta de Boca. Avanza hacia la línea de fondo... ¡Lo detuvo el de Fluminense!”

Cada jugador era “el de azul, el de pantalones cortos, el de la camiseta de Racing.” ¿Y sabe, señor? Mi padre decía que funcionaba.

Él me dijo que muy temprano a la mañana, estando en un hotel del área, lo vio en la televisión nacional. Primero no entendió. No hablaba bien el español. Pero reconoció las cataratas. Entendió la locura.

Se acordó que tenía una camiseta argentina, la había comprado en la calle.

El japonés señaló otra vez la caja de cristal.

Salió corriendo y en el camino preguntaba:

—¿Partido? Argentina - Brasil. —La gente le indicaba en qué dirección ir. Ya lo sabían todos. Cuando llegó había miles de personas. El ruido de las cataratas se mezclaba con los gritos y cantos de la gente. Se acercó todo lo que pudo.

Unos turistas coreanos le contaron a mi padre los pormenores de ese particular partido.

Mi padre solo estaba interesado en una cosa:

— ¿Cuánto van? ¿Cuántos goles?

El coreano dijo que tal vez iban ochenta y cinco a noventa. Pero no estaba seguro. Quizás nadie lo estaba.

Cuando el italiano miró hacia atrás, vio a su esposa con la niña dormida sobre las piernas. El otro niño estaba atento a las palabras del japonés.

Mi papá se acercó al borde, esperando algún momento para entrar. Pero cuando había cambios llamaban a otros.

Me dijo que estuvo así unas horas.

Era cerca del mediodía y el partido no tenía intención de terminar. Entonces

comenzaron algunos rumores. Alguien más había llegado.

Romario y Ortega se pusieron de pie y se corrieron hacia un costado del campo. Un auto negro llegó hasta la zona de césped. Los autos particulares no estaban permitidos en esa área. Pero ese auto llegó.

Se armó una multitud alrededor del coche negro. El partido se detuvo.

Mi papá no pudo ver mucho. La gente empezó a correr, a gritar. Parecía que había llegado el presidente, o algo así.

Entonces se los pudo ver. Eran dos hombres con ropa de gimnasia al lado de Romario y Ortega.

El japonés hizo una pausa. Se había emocionado.

Eran Pelé y Maradona.

Caminaban entre la multitud mientras unos hombres les abrían paso. Se

acercaron hasta el borde de la cancha.
Maradona fue quien habló:

—Buenas, gente. ¿Podemos jugar?

Un señor de bigote se acercó y le dio la cinta de capitán.

Maradona para Ortega, Ortega para el flaco de Boca. Ortega, Maradona... rabona, ¡Gol de Argentina!

Del otro lado, Romario y Pelé cruzaron unas palabras.

Cuando Diego se acercó a un costado, uno de los argentinos se retiró rengueando. Hizo un gesto con las manos: “cambio”.

Fue entonces que Maradona miró hacia el lado que estaba mi papá, con la camiseta pirata de Argentina y la cara claramente oriental.

—Sos argentino, ¿no? —dijo Maradona con una sonrisa.

—Japón. —respondió mi papá.

Maradona le hizo el gesto de que entrara. Lo tomó de un hombro y le dijo casi en el oído, lo que el turista coreano le contó después..

—A cara de perro. Acá no hay amistosos.

—Japón —volvió a decir mi padre.

Diego le hizo un ok con la mano y siguieron el partido.

Pelé la tenía en medio campo y sacaba pases imposibles para los flacos que corrían. Romario se pasaba a uno y dos y tres, como si estuvieran parados.

El marcador estaba en los noventa y tantos. Decían que no tenían idea de a cuánto iban.

En un momento, Romario le pasó la pelota entre las piernas a un argentino en el medio del campo. Otro, que tenía una camisa blanca, vino por el costado, barrió a Romario y todos dijeron:

“¡Uuhhhh!”. Cobraron la falta, pero no hubo ni amarilla.

Mi papá vio a Maradona mirando de reojo a Pelé.

Otra vez: Diego, Ortega, el flaco de Boca, Maradona... gol.

La gente enloqueció de alegría. Tanto de un lado como del otro, se veían algunos chispazos de la genialidad que los hicieran famosos en el mundo.

Cuando los brasileños llegaron con la pelota a la mitad del campo, Maradona se acercó y la tomó en sus manos. Miró a Pelé y le hizo un gesto para que se acercara.

Ya con poco aliento, el brasileño llegó.

Maradona lo miró y le dijo:

— ¿Empate?

Pelé le sonrió y le dio un abrazo.

—¡Empate! —le gritó a su gente y al público.

En ese mismo instante mi papá estaba al lado de Diego, sin terminar de creer lo que veía.

—Tomá, Japón. —Le dijo Maradona y le entregó la pelota.

Maradona y Pelé se volvieron a abrazar y se intercambiaron las camisetas. Una era celeste floreada y la otra amarillenta. Muchos de los jugadores también intercambiaron camisetas, camisas o combas.

Con ayuda de los hombres de seguridad, ambos fueron en dirección al coche negro. En el camino se vieron las cámaras y lapiceras para ser firmadas por ambos. Alguien gritó: “Foto todos juntos”.

Se acercaron los cuatro profesionales, mi papá y los muchos otros.

Mi padre dice que no recuerda cómo llegó al hotel. Tampoco se acuerda haber subido al avión.

Unos meses después recibió una carta desde Seúl. En la carta estaba la foto que había tomado un turista australiano.

El japonés volvió a indicar la caja transparente. Sí, era verdad, ahí había una foto grupal.

La mujer miraba fijamente al hombre japonés. No sonreía. El niño mayor preguntó: “¿Ya nos vamos?”.

El italiano estaba allí frente a la pelota, la camiseta y la foto. Se acercó otra vez, y miró con atención las caras. Allí, podrían estar Maradona y Pelé y los demás. O no. También podría estar trucada.

Volvió a mirar la pelota.

Se dio vuelta hacia la mujer y le pidió que sacara la cámara del bolso.

— ¿Puedo tener una foto con usted y la pelota? —preguntó el italiano.

La mujer les tomó la foto sin mostrarse muy feliz.

El japonés sacó algo de atrás del pedestal. Era una copia de la foto. Se la mostró al turista. El hombre dudó en tomarla.

—Mil yenes —dijo el mozo.

La mujer soltó un resoplido.

El italiano tomó su billetera y le pagó.

El italiano hizo una pequeña reverencia y se retiró con su familia. Iba caminando despacio, mirando su foto.

Ya afuera, la mujer se puso su suéter, sin dejar de mirar a su esposo.

—¿Me vas a decir que creíste todo lo que escuchaste ahí?

El hombre la miró con una sonrisa.

—Juliana, estamos hablando de Diego.

—Volvió a mirar, primero la foto y luego a los niños—. Elijo creer cada palabra que escuché.

FIN
